

impacientarse o encolerizarse. Su vida tiene dos partes: las diversiones más o menos frecuentes, que la distraen de sí misma, y los intervalos entre esas diversiones, en los cuales se aburre. Para muchas mujeres más serias, que se ocupan verdaderamente de su casa, el pecado consiste en caer en el extremo opuesto, si se dejan dominar por preocupaciones insignificantes y quieren colaborar en todas las labores del hogar. No dejan tiempo para el imperioso deber que todo ser humano tiene, de conocer su ser moral para dirigirlo hacia la perfección.

Seguro estoy de que si alguna de estas últimas lee estas líneas, se encogerá de hombros.

—«Bueno está—habrá de pensar—ese psicólogo con su ser moral y su dirección hacia la perfección... Se conoce que no tiene que cuidar su casa, ni educar a sus hijos...»

Pues bien, el psicólogo insiste, y afirma que la mujer no debe ser ni extraña a los cuidados domésticos, ni embrutecerse con esos mismos cuidados. Cuidados del perfeccionamiento personal y cuidados del hogar, todos